**Domingo 2º de Cuaresma B (25.02.2018): Marcos 9,2-10.**

***“Prohibió contar lo que habían visto”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

¿Todos los años se lee el mismo relato evangélico en el segundo domingo de Cuaresma? Sí, porque así se lo han programado los programadores. En el segundo domingo de la Cuaresma se lee siempre la llamada ‘Transfiguración de Jesús en el monte Tabor’.

En los años ‘A’ de la iglesia se lee este relato tal como lo cuenta Mateo. En los años ‘B’ tal como lo cuenta Marcos. Y en los años ‘C’ tal como lo cuenta Lucas. Y después de estos tres años, vuelta a comenzar otra vez. ¿Nunca se lee la transfiguración como la contó el Evangelista Juan? Nunca. Para este Evangelista no sucedió así y no nos la contó.

En este año que es ‘B’ se nos leerá la transfiguración contada por la narradora María Magdalena en Marcos 9,2-10: *“Seis días después toma Jesús a Pedro, Santiago y Juan y se los lleva con él, a aparte, a un monte muy alto… Y cuando bajaban del monte les ordenó que a nadie contasen lo que habían visto hasta que este hombre resucitara de entre los muertos”.*

Según la Evangelista María Magdalena, este asunto de la transfiguración de Jesús de Nazaret, como acabamos de leer, sucedió ‘seis días después’. ¿Después de qué? Quien no busque el texto en su Biblia y lea qué se contó antes corre el riesgo de perderse algo importante para comprender esta experiencia de la transfiguración. El relato anterior que se debe leer es Marcos 8,27-38.

Cuando todos cuantos seguían a Jesús le acabaron de confesar explícitamente y en público el ‘MESIAS-UNGIDO-CONSAGRADO-CRISTO-CESAR-EMPERADOR-REY-DIOS-TODOPODEROSO’, el propio Jesús, empezando por Pedro, les prohibió tajantemente volverlo a hacer. Pensar que esto y así es Jesús de Nazaret es satánico.

Seis días después de estas confesiones en la tierra de Cesarea de Felipe, en el norte de Galilea y en el punto más alejado de Jerusalén y de su Templo, Jesús se reúne a solas con el Piedra que es Pedro y con los dos hermanos Atronadores Santiago y Juan (10,35) en lo alto de un monte. ¿Cómo no recordar al anciano y solitario Moisés en el Sinaí esperando ver y oír a Yavé Dios?

¿Cómo no imaginarse la escena mítico-simbólica de un Jesús que se muestra ante sus más nacionalistas cabecillas en todo su esplendor, lo repetiré, como MESIAS-UNGIDO-CRISTO-CONSAGRADO-CESAR-EMPERADOR-REY-DIOS-TODOPODEROSO? A partir de ese entonces, quedaba prohibido por el mismo Jesús de Nazaret, evangelizar así de él. Desde entonces, divinizar a Jesús es desconocerlo, traicionarlo y abandonarlo (Marcos 14,50).

**Transfigurar** a Jesús de Nazaret es comenzar a llamarlo y creerlo como JESUCRISTO, el Señor, el Hijo único del Dios que, como diría Pablo, sigue siendo el ‘Dios desconocido’ para cuantos no profesan el credo católico, que es una inmensa mayoría de seres humanos en el mundo de ahora y de siempre (Libro de los Hechos de los apóstoles 17,23). **Desfigurar** a Jesús de Nazaret es olvidar que fue un judío de Galilea, del pueblo, laico por no ser sacerdote de la tribu y familia sacerdotales, pecador por romper conscientemente la Ley y denunciador del Templo.

**Domingo 13º de Lucas (25.02.2018): Lucas 4,14-30**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

Merece la pena, creo, memorizar el texto del versículo 4,14 de este Evangelio de Lucas, el del toro: *“Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu y su fama se extendió por toda la región. Él iba enseñando en sus sinagogas y todos hablaban bien de él”*. Tenía unos treinta años.

Este ‘espíritu’ que impulsa al evangelizador es el mismo que ya vimos en la narración de ‘la infancia de Jesús’ (capítulos primero y segundo) y en la narración de la experiencia de la tentación en el desierto (capítulo tercero). Me atrevería a decir ahora que este Libro de Lucas podríamos llamarlo también ‘el Evangelio del Espíritu’. Este ‘aire’ siempre acompañó a Jesús.

Ya nos había dicho este Evangelista que su Jesús de Nazaret tomó su primera decisión recién estrenada su mayoría de edad a los doce años: permanecer en el templo de Jerusalén para confrontarse con las autoridades que ejercen el poder en nombre de Yavé Dios (Lc 2,41-52).

También nos ha contado este minucioso narrador que la segunda decisión de su Evangelizador Jesús fue presentarse como pecador entre los pecadores que esperaban bautizarse con el bautista Juan (Lc 3). Fue aquí donde tomó consciencia plena del ‘aire’ que le habitaba.

Y con este ‘aire’ que es el ‘espíritu’ de la vida y del sentido *“entró un sábado en la sinagoga de su propio pueblo de Nazaret’* (Lc 4,15) y se desató contra él el conflicto más deshumanizador que se pueda uno imaginar: *“Todos los de la sinagoga se llenaron de ira y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad para despeñarle…* (Lc 4,29).

Otros conflictos semejantes a este nos contará Lucas en su relato, pero ya adelanto uno de consecuencias muy transcendentales y que no se desean asumir entre quienes nos atrevemos a llamarnos seguidores suyos. Me estoy refiriendo al conflicto desatado en la cena última de este Jesús de Lucas donde se recoge como única vez en los cuatro evangelios aquella expresión de ‘haced esto en memoria’ que el sacerdocio de los clérigos se lo ha acaparado en propiedad como fundamento de su identidad, siendo palabras para todos los seguidores (Lc 22,14-27).

 ¿Qué sucedió, según Lucas, aquel sábado y en aquella sinagoga de Nazaret? Una cosa muy sencilla. El judío y adulto Jesús, después de muchos años de estar presente en la celebración del sábado judío, decidió proclamar el mensaje que en ese día se debía leer en la asamblea de la palabra. Leyó el texto oficial, pero se atrevió a no leer el final del mismo texto. Es decir, usó una invisible tijera para recortar a su manera el texto de ¡todo un profeta como Isaías!

Conviene que cada cual se lea Isaías 61,1-2 y constate lo que leyó y no leyó Jesús ese sábado. Y luego, que cada uno también piense cómo explicó aquel Jesús su decisión. En aquella ocasión este Jesús de Lucas dijo alto y claro que venía a anunciar la buena noticia de que Dios es bueno y de que no existe la mala noticia de un Dios que castiga. Esta fue la blasfemia herética de Jesús que desencadenó en sus oyentes la decisión de despeñarlo. ¿Puede acaso existir una mayor intolerancia religiosa y deshumaniozadora? Veinte siglos después, la intolerancia sigue.